

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 29 DE NOVIEMBRE DE 1840.

VICTOR HUGO

y su escuela literaria.

La historia de la literatura y de las artes, así como la de los estados y de los imperios, no es para el atento observador sino la historia de las reacciones. Los estravíos de una época ó escuela hallan siempre su origen en los abusos de la antecedente; y la opinion y la razon humana parecen condenadas, como el péndulo, á oscilar de un extremo á otro, sin poderse fijar jamas en su aplomo y verdadero centro. Nadie en verdad sufre los efectos de esta fluctuacion, que revela mas que cosa alguna lo limitado de nuestro entendimiento y lo apasionado de sus fallos, como aquellos genios á quienes sus hechos ó escritos han procurado un nombre durante su vida, sujetos, ademas de las eternas variaciones del espíritu ó de la opinion, al embate y choque de las pasiones y partidos; y mucho mas en una época en que es viejo lo de ayer, y en que la tierra y cuanto nos rodea parece girar sobre sí con tanta velocidad, que en pocos años vemos empezado y concluido el círculo, durante cuyo período diez generaciones antiguamente se sucedian. Tal se nos presenta *Victor Hugo*, gefe de la moderna escuela de literatura, ayer adorado como un dios, y hoy

condenado sin defensa por nuestros literatos; ayer leon triunfante que estremecia las selvas con su rujido, y hoy conculcado en el polvo, aguardando solo la cox del asno para espirar.

Cinco años ha que nuestra aletargada poesía, mudos ó envejecidos sus mas gloriosos alumnos, pero asaz abundante en versos casi siempre menos que medianos para seguir con sus lisonjas, esclava de la política, el impulso de las circunstancias, último período á que llegar puede la literatura en su decrepitud, despertó por primera vez al nombre y á la voz de *Victor Hugo*; ora sea que la fama de este hombre, entónces mas que nunca pujante, no pudiese por mas tiempo dejar de salvar los Pirineos, ora que varios literatos, vueltos ya de su emigracion, quisiesen ensayar en su patria, lo que con tanto crédito y alabanza habian visto acogido en Paris (1). Al principio solo hubo silencio para admirar profundamente, y voz para aplaudir; secóse en aquel punto la abundante vena de los poetas, y sus liras enmudecieron, porque desde aquel dia, ya no hubo liras ni *Parnaso*. Hablábase mucho entónces con énfasis y enigmas de la mision social de la poesía y de su emancipacion, de la necesidad de destronar los ídolos de la veneracion antigua, y de la nueva regeneracion que el mundo aguardaba, y de

(1) Los dramas *La Conjuracion de Venecia* y *Aben Humeya* del señor Martínez de la Rosa, y *D. Alvaro* del señor duque de Rivas, los primeros que adoptaron, á nuestro juicio, las modernas formas, fueron escritos por sus autores en pais extranjero. Hasta el año 1834 no aparecieron en Madrid las obras de *Victor Hugo*.

la cual Victor Hugo debia ser el Mesias. Poco despues los admiradores quisieron ser autores á su vez, y lo hiperbólico y monstruoso de sus producciones correspondió por lo comun á lo exagerado de sus principios. Por fin todos los secretos de la nueva escuela, con el nombre de *romanticismo* pasaron de sus primeros adeptos al vulgo de los poetas, y de estos al vulgo de los lectores; y ¡ay de las obras y escuelas literarias, cuyos misterios vulgarizándose se profanan; cuyos ocultos resortes inoportunamente se descubren, como la mano del maquinista en los espectáculos; y en las que la gente de mundo y la turba de aficionados se encargan de representar el papel de protagonistas! Participando en su voga del espléndido triunfo de una moda reinante, sufre á poco la ridiculidad y el desprecio que acompaña á una moda anticuada; y como á moda se la juzga siempre estremadamente y por capricho, y no con la imparcialidad y razon eterna que debe presidir en el juicio de las obras literarias.

Si por los esfuerzos de algun individuo, y no por el orden y naturaleza misma de las cosas, hubiésemos de explicar la reaccion que al presente notamos, á nadie mejor que al señor Lista, al filósofo religioso, al decano, permítasenos el decirlo, de nuestra literatura, atribuyéramos la caída de esta moda, á cuya sombra el mal gusto y la inmoralidad empezaban á cundir temiblemente. Sus artículos literarios, publicados en diversos periódicos, en los que tan noble y victoriosamente se defendia la causa de la razon, han dado margen á las sensatas observaciones que hemos visto despues casi generalmente reproducidas; la seria reflexion ha concluido lo que la sátira empezó; y actualmente, en teoría aloménos, andan proscritos aquellos escesos, que eran poco hace el encanto de las imaginaciones. Pero como si hubiese prohijado Victor Hugo los abortos todos de algunos cérebros febriles, sobre él ha recaído principalmente toda la hiel y violencia de la reaccion; se le ha designado como gefe de un club de jacobinos literarios, y como padre de una escuela *infernal* y desorganizadora; y no han apareci-

do desde algun tiempo acá sepulcrales coplas, romances del feudalismo, y escenas de veneno ó puñal, de que no se le haya hecho responsable. Triste condicion de los genios inventores, la de ver invadido el camino que abrieron por una turba de secuaces, que desacreditan con sus abusos al mismo que adulan servilmente con su imitacion, plantas rastreras y parásitas que socavan el edificio al cual se arriman! pero injusticia tambien manifiesta de la crítica la de no juzgar de un género por sus originales y obras maestras, sino por miserables copias y ridículas parodias! Cuando tanto se ensalza á Calderon, no se cuentan ciertamente las embrolladas farsas y las absurdas licencias de los que le siguieron en el camino que con tanta gloria recorrió.

Acaso estas observaciones serán ya inoportunas y desdeñadas, porque para muchos el romanticismo de Victor Hugo en literatura es una cosa tan rancia y juzgada como el pacto social de Rousseau en política, y el materialismo de Destutt-Tracy en filosofía; y esta palabra *rancia* es la censura mas amarga, y la sentencia de muerte para cualquier objeto en este siglo de novedades. Pero la analogía que se ha creído descubrir entre los principios disolventes y anárquicos del siglo XVIII con la anárquica literatura del XIX, entre los horrores de los jacobinos, y los horrores de los románticos; es á nuestro ver mas ingeniosa que exacta, porque nosotros no podemos atribuir á las bellas letras tan profunda y grave intencion en sus concepciones, ni tanto poder en su influjo para realizarla y cumplir el objeto de sus tendencias. Permítasenos con esta ocasion examinar en general esta idea de *tendencia*, palabra que en su genuino sentido equivale á *direccion hácia un objeto remoto*, y que en su acostumbrada aplicacion se toma por el *espíritu é intencion presente con que se obra*: impropiedad estraña, como lo fuera el llamar tendencia hácia una enfermedad á los síntomas que la manifiestan.

Como quiera que sea, esta palabra es una de las predilectas en la época actual, y con razon, porque en ella nos parece ver grabado uno de

sus principales caracteres, á saber, la espectacion y la inquietud. Este siglo en efecto siempre temiendo ó esperando, cree todo verlo *tender* hácia un fin determinado, y presta á las cosas el color é importancia que les dan sus esperanzas ó temores, como el enfermo de aprension que cuenta los latidos de su pulso, atento siempre á la menor mudanza; ó cómo aquel pueblo que en su profunda abyeccion veia en cada profeta levantarse su Mesias. Asi que en cada nota diplomática cree ver transformada la Europa, y borrados los límites de los imperios; en cada máquina que se invente cree asegurarse el dominio de la naturaleza; en cada sistema que se formule cree haber conquistado el dominio de la verdad. El mismo achaque se ha pegado á la literatura: ya no se pregunta solo al poeta, como antiguamente, si sus versos son armoniosos, su fábula interesante, sus caracteres bien sostenidos; procúrase adivinar además su pensamiento dominante, la filosofía de sus ideas, y los principios ó sentimientos que se propone acreditar; nuevo método de juicios de mas empeño y dificultad que el antiguo, pero también de mas provecho y dignidad, cuya perfeccion grandes deberes exige de parte del crítico como de la del literato, y que entrambos han aceptado con placer, aunque tal vez con temeridad, aquel por el mayor lucimiento y gravedad que presta á su siempre árido oficio, este por el instinto natural con que apetece el hombre se le atribuya en cualquier objeto una profunda intencion. Si la nueva crítica pues ha descubierto verdades y relaciones importantes, ha inducido también en errores é inexactitudes, que los mismos por ella juzgados se han guardado de desvanecer, hablando ellos los primeros de sus tendencias sociales, y dándose por consagrados al culto de una idea, cuando lo estaban al de la gloria exclusivamente, única deidad á la que los literatos comunmente sacrifican. Confesamos en verdad que no podemos comprender al mismo Victor Hugo ni dejar de sonreirnos, cuando en sus prólogos nos habla de una mision que cumplir, y de un edificio que levantar, del cual solo debe juzgarse en su

conjunto. Cuando terminado el drama ó la novela ha agitado deliciosamente el corazon en encontrados sentimientos, y ha dejado indelible sello en la imaginacion, para nosotros su mision está ya cumplida, y su edificio levantado.

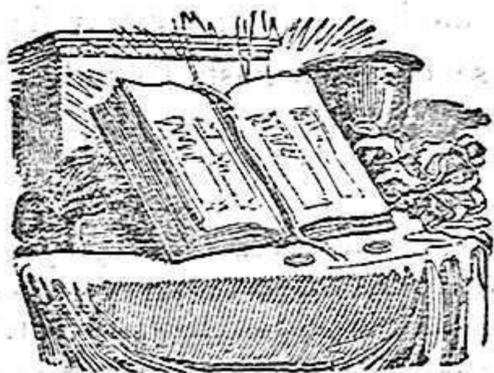
Imagínese cualquiera que campo habrán abierto las obras de tal autor tan nuevas en su fondo, en sus formas, y hasta en el fin misterioso que él mismo les atribuye, á esta mezcla de recuerdos, conjeturas, comparaciones, y sentencias que en el dia se llama crítica literaria; como se habrá querido encontrar la esplicacion y espíritu de ellas en el sangriento trastorno de 1792, ó en la popular insurreccion de 1830; como se las habrá mirado como un catecismo de imprecaciones contra los reyes, y los sacerdotes; como aquellos horrores y muertes de teatro se habrán comparado con los sangrientos espectáculos del circo, que encruelen á un mismo tiempo y corrompen á las naciones; como á la voz de inmoralidad ó desenfreno literario cada cual pronuncie en sus adentros el nombre de Victor Hugo. Pero ya que tan en parte entran los hechos y caracter de cada autor en el juicio de sus obras, ya que la crítica y la biografía son por ahora inseparables, no comprendemos por de pronto porqué sea demagogo y terrorista el hijo del general Hugo, el jóven pensionado de Luis XVIII por un título el mas honroso para él mismo, y para el monarca (2), el célebre escritor en cuya casa cuelgan los dones de los príncipes reales que le visitaron (3). É ignoramos además como por esos críticos tan severos se nos proponga como modelo el demócrata y fogoso Delavigne, y se ensalcen hasta las nubes los cantos republicanos del lirico Beranger.

(2) Victor Hugo escribia á la madre de un amigo suyo comprometido en una conspiracion, ofreciendo á su hijo un asilo; soy muy realista decia, para que se piense en venir á buscarle á mi cuarto. Luis XVIII, á cuyas manos llegó esta carta, exclamó: Conozco á ese jóven; obedece en esto á las inspiraciones de su honor, y concedió á Victor Hugo una pension, que el poeta atribuyó al éxito de sus odas recientemente publicadas.

(3) En 1836 nuestro autor encontró un dia de vuelta á su casa un magnífico cuadro, don del Príncipe de Orleans y de su augusta esposa, que en su ausencia le habian honrado con una visita, y en cuyo marco se leia esta inscripcion: El Duque y la Duquesa de Orleans á Victor Hugo.

No ménos grave y general es la acusación de inmoralidad que contra Victor Hugo se dirige. La inmoralidad puede estar en la esencia de una obra, cuando el crimen se ve en ella patrocinado, y defendido; ó bien en sus formas accidentalmente, cuando se pinta el vicio mismo que no se recomienda ó tal vez se reprende con colores hartó vivaces y halagüenos á la humana debilidad. De la primera culpa encontramos inocente á Victor Hugo: de la segunda apénas encontramos quien esté exento. Pocos en efecto son los escritores, románticos ó clásicos, idólatras ó cristianos, que no hayan hecho aparecer, ó bien en el fondo de sus cuadros, ó bien á un lado y como apartada, alguna figura voluptuosa, alguna escena en que el crimen hiera los ojos rodeado de una auréola de encantos. Pero si los ojos deben cerrarse alguna vez en tal cual pormenor de los cuadros de Victor Hugo, el alma puede contemplarlos en su conjunto sin que descienda á ella la corrupción, defensa que no nos atreviéramos á estender á otros que se hacen pasar como de su escuela, á los de Soulié, y de Jorge Sand por ejemplo, porque Lelia, y las Memorias del Diablo son de aquellos libros que enrojecen la frente, y que son un crimen en la mano de una doncella.

(Se continuará.)



Los

PERSONAS.

Era una apacible noche de verano: la luna, orgullosa de sí misma, proseguía magestuosamente su carrera entre una multitud de estrellas, como una sultana en medio de sus graciosas esclavas. Una ligera brisa hacia estremecer las copas de la arboleda, que decora uno de los paseos mas concurridos de Madrid; y sutilísimas hebras de luz plateada, que atravesaban su frondoso ramage, no bastaban para desterrar aquella delicada sombra, que añade algunos quilates de dulzura á los coloquios de los amantes.

Así debia de creerlo una señorita de mas que mediana hermosura, que saliendo las mas noches á tomar el fresco, acompañada de su buena mamá, escogia para sentarse un banco medio oculto en la sombra de un pomposo plátano, al que solia acudir un caballero de agradable presencia, quien, como si fuese por casualidad, colocábase al lado de la hermosa Pepita. ¿Cómo va, D. Carlos? decia la madre, recalándose en el nombre, y arqueando las cejas echaba de paso una mirada incomprehensible á sus atusados bigotes. Seguian algunos cumplimientos, algunas observaciones insustanciales; pero en breve unicamente en los labios de los jóvenes alternaba un ligero bisbiseo. Conocia entonces la mamá que su obligacion se reducía á no dormirse por el buen parecer, y ni siquiera prestaba atencion al murmuloso diálogo, cuya última parte vamos á trasladar.

— Mira, Carlos, he perdido tu confianza. No es verdad? Pues olvídame, que yo haré por olvidarte.

— Esto es muy fácil á quien no ama.

— Fácil ó difícil procuraré salirme con ello.

— Ingrata!

— Déjate de reconvenciones.

— Pero, Pepita, al menos sepa yo el nombre, solo el nombre de ese rival dichoso.

— Y, qué te importa ya su nombre, ni el mío?

— Qué me importa? Quieres tú que permita vivir en sus glorias al que me ha usurpado tu corazón? Tengo una espada para batirme, y...

— Carlos! Carlos! Yo te había prohibido que averiguases hasta el parage de mi casa...

— Sí, porque no tropezase con otro amante á quien se franquean sus puertas.

— Para recompensar este ligero sacrificio, para cumplir tus deseos, y aun los míos, he venido tantas veces á sentarme en ese mismo banco. Te has opuesto á mi voluntad, sufre pues los resultados de tu desobediencia.

— Era un capricho injusto. ¿Debia permanecer en tan estraña posicion, cual amante de novela, favorecido de una misteriosa dama de quien solo el nombre conoce? Debia ahogar mis zelos despues de haber visto entrar de noche en tu casa á un jóven desconocido? Qué visita era esta que despues de dos horas no bajaba? Segun estoy informado vivis solas, y...

— Otra infraccion de mis preceptos.

— Pero, Pepita, esto era inaguantable.

— Carlos! todo ha fenecido. Mira allá cuantas hermosas se pasean. Quizá mañana una de ellas escuchará tus lisongeras palabras. Y yo?... jamás.

Sus ojos sentian ya aquella escozor, preludio de las lágrimas, pero en seguida volviéndose al otro lado, exclamó. Nos vamos, mamá?

— Espera... un momento, murmuró D. Carlos tirándola del vestido; pero ella se habia levantado.

D. Carlos ocultó en las fórmulas de la despedida el sentimiento que le roía el corazón.

Una semana habia pasado sin que Pepita volviese á ocupar el banco de sus anteriores citas. Su amante no habia podido columbrarla ni en paseo, ni en misa; el balcon estaba todo el dia desierto, y el aguador se negó redondamente á traspasar un billete. Desesperábase D. Carlos, porque era necesaria una aclaracion de sus dudas para la tranquilidad de su espíritu. Y decimos dudas, puesto que la certidumbre de lo

que habia visto, y el silencio mismo de su amada no bastaban para empañar el candor de alma que aquella tez tan pura anunciaba. No se atrevia á creer que una muchacha tan ingénuo, tan virtuosa, y que tanto le amara, le engañase tan atrocmente. Habia pues un arcano que descubrir. Felizmente le habia ocurrido un recurso para contemplarla á su sabor.

Una noche Pepita leia un papel á la luz del velon puesto encima de una cómoda, que era el mueble mas lujoso de aquella reducida sala. Estaba en pié, y como el balcon quedaba de par en par abierto para dar entrada á la frescura del ambiente, su sombra se estendia á lo léjos, y se dibujaba en la pared frontera. Era esta la fachada antigua del palacio de un grande, quien tal vez en su vida no habia visto las piezas que caian hácia aquel callejon. En efecto, esta parte de casa estaba enteramente deshabitada, y era algo estraño que su balconage estuviese guarnecido de unas persianas que nunca los vecinos vieron abiertas.

Estaba, como llevamos dicho, la hermosa jóven de pié, un brazo apoyado en la cómoda, cuando un golpe sonó en la puerta de la escalera. Con repentino movimiento dejó caer en tierra su papel, sacudióle con el pié para ocultarle bajo la cómoda, y pasando un pañuelo por sus ojos fuese, abrió á su madre, y ántes que hubiesen transcurrido tres minutos, otro golpe resonó en sus oídos. Sobresaltadas quedaron entrambas, pero al sobresalto venció la sorpresa que les causó la venida de D. Carlos.

Este saludó á las señoras con afectada urbanidad; añadió que sospechando enferma á alguna de ellas, habia tenido el arrojio de visitarlas; pero su modo de producirse embarazoso, la visible alteracion de su rostro, y algunas ojeadas chispeantes clavadas en el de Pepita, desmentian sus aserciones. La indulgente mamá, potencia neutral desde aquel rompimiento de hostilidades, conoció que su presencia atormentaba al pobre jóven, y valiéndose del primer pretesto que le ocurrió, entróse en la pieza inmediata para observarles desde allí, y cederles el campo á mutuas esplicaciones.

—Estraño mucho que se haya tomado Vd. la libertad de darme un disgusto.

— Cómo! Pepita! El agraviado soy yo, y tú me reconvienes. No hace un cuarto de hora que acaba de marcharse....

— Quién?

— Quién, me preguntas? Quién? El mismo cuyo retrato guardas en tu pecho.

— Qué? dijo Pepita sobresaltada, llevando maquinalmente su mano al pecho, y retirándola como si se hubiera quemado.

— Sí, añadió D. Carlos con un acento mezclado de ironía y desesperación. Es buen mozo tu querido. Mas de una hora ha estado sentado en esa misma silla. No es verdad que era muy sabrosa, muy tierna, muy apasionada vuestra conversación? Algunas lágrimas corrían por tu mejilla: sin duda para consolarte te ha dado su retrato.

— Su retrato?

— Sí, y tú lo has besado en su misma presencia. Estás loca de amor.

Pepita estaba maravillada, atónita, estupefacta. Si esto no hubiese acontecido en 1858 hubiera creído que aquel hombre comunicaba con seres de superior naturaleza: pero en aquella época los santos andaban tan escasos como los brujos. Además ella se veía amada con harta vehemencia para creer que á Carlos se le revelasen aquellas noticias en un éstasis, y le amaba demasiado para sospechar que pudiese haberlas adquirido en un aquelarre.

— Por amor de Dios, Carlos, vete, y si me has amado en tu vida, calla, ... vete y calla.

— Me iré cuando me hayas dado un abrazo como el que ha recibido mi rival.

— Qué dices?

— La verdad.

— Carlos! Carlos! intentas sonrojarme?

— Lo sé cierto.

— Oh!.... no.

— Tan cierto como bajo la cómoda hay una carta suya.

— Esto es sobrenatural, murmuró Pepita.

D. Carlos se había levantado ya rápidamente, y dobléjando cuanto le fué posible el cuer-

po, sacó un papel que no podía ser visto desde su asiento.

— Ah! no lo has adivinado todo. Léelo, léelo, ingrato!

El asombro de Pepita pasó repentinamente en el pecho de D. Carlos. Casi no podía creer á sus ojos. Lo que en sus manos tenía era una de sus últimas cartas en la que juraba á Pepita un amor eterno. Las frases mas tiernas venían humealizadas de recientes gotas. Estas lágrimas de acusaban de inconstante, y atestiguaban la inocencia de su amada. No podía serle infiel, quién á sus solas se entretenía en leer con tanta pasión sus cartas. ¿Como había de figurarse vendido quién ni siquiera se veía olvidado? Pero y sus ojos?.. Al tiempo que hacia estas reflexiones salió apresurada la madre, y abalanzándose á D. Carlos exclamó. Cómo es eso, caballero? ¿Ha venido Vd. á sorprendernos? Es usted empleado de policía? Venga acá ese papel. Pronto.

— Cállese Vd. mamá. Déjeselo, Vd. se equivoca.

— Quién había de sospechar que tales fueran sus intenciones? Fíate de....

— Pero señora....

— Yo creía que usted amaba á mi hija, y...

— Y la amo, la adoro, estoy pronto para darle mi mano con tal que desvanezca una ilusión, sí, una ilusión, porque me harán creer ustedes que estoy en un país encantado.

Efectivamente D. Carlos no podía desenredar la madeja de sus pensamientos. Aquella irritación de la madre para lo cual no veía fundamento alguno, aquella serenidad de la hija sin haber indicado una disculpa á tan graves cargos, aquel papel que acusaba á sus ojos de testigos falsos, todo esto le había metido en un laberinto del que no acertaba á salir.

— Pues si usted ama á mi hija debía respetar nuestros secretos.

— Y si estos secretos me ofendiesen?

— No, Carlos, no replicó Pepita con el acento de la mayor ternura.

— Pues explícate por Dios. Quién era el hombre que he visto aquí?

— Fío en tu silencio. Era mi hermano.

— Y para un hermano tanto misterio?

— Es que sirve en el ejército de D. Carlos, y si el gobierno de la Reina lo descubriese nos mandaria salir de Madrid. Habia obtenido licencia por un mes, y está de vuelta á su cuerpo. Si te corres, querido Carlos, de amar á personas cuyas ideas están en oposicion con las tuyas, alomenos no las pierdas. Que tu silencio recompense mis lágrimas.

— Pepita mía, soy de los mas ardientes defensores de la Reina, pero el amor prescinde de opiniones políticas; dentro de tres semanas la iglesia habrá bendecido nuestra union.

— Carlos mio!... dime, y como has sabido aquellos pormenores?

— Desconsolado al ver que no acudias al lugar de nuestras citas, me acordé de comprar un favor al mayordomo de aquel palacio, y he pasado horas enteras contemplándote por entre las barras de aquellas persianas.

— Oh!

— Este recurso me ha valido la felicidad, pero mandarémos poner unas en ese balcon para que nadie nos aceche al disfrutarla.

T. A.

Á MI CORAZON.

Hubo un tiempo de ventura
Para tí, corazon mio.

¿Dónde fué?

¿Do fué tu libre alvedrío,

Y la paz y la dulzura

Que en tí hallé?

Quando altivo, independiente,
De tu libertad gozabas

Sin temor,

Y sonriendo indiferente,

Con desprecio preguntabas

¿Qué es amor?

Quando el suspiro encendido
De la hermosa te buscaba

Con porfia,

Y sobre ti se posaba,

Y era luego repelido,

Y moria;

Porque tú frio, impassible,
No palpitabas entónces;

Tú no amabas.

Eras de yelo, de bronce,

Y de calma bonancible

Disfrutabas.

De la vírgen vergonzosa

La sonrisa, cual defuera

Del capullo

Suele asomar flor hermosa,

Para tí, corazon, qué era?

Era orgullo.

El orgullo del torrente,

Que á la planta en él nacida,

Con regarla

Da verdor, frescura y vida,

Y prosigue en su corriente

Sin mirarla.

La azucena fresca y pura

Que contempla el jardinero

Con placer,

Y pasa luego altanero,

Sin poderle su hermosura

Atraer.

Ah! ¿por qué, corazon mio,

No conservar todavía

Tu frialdad?

¿Por qué buscar la agonía

Y anhelar el poderío

De hieldad?

¿Por qué un dia conociste

A Clarisa, y la miraste

Con ardor?

Entónces tú palpitaste,

Y una lágrima vertiste,

Y hubo amor.

Y esa lágrima que hermosa

Con placer, dicha y confianza

Se vertió,

Fué despues lava ardorosa,

Que afectos, vida, esperanza

Arrasó.

A tu vista, ángel hermoso,

Huyó por siempre de mi alma

Dulce paz;

Desde entónces afanoso

Busco en vano alguna calma

Y solaz.

Cual allá en el horizonte

Triste estrella confinada,

Envidiosa

Contempla de astros rodeada
 Á la luna en su remonte
 Gloriosa,

Entre un mundo que te amaba
 Así tú me apareciste
 Pura y bella,
 Y en tu triunfo, no advertiste
 Al que olvidado lloraba
 Su querella.

Triste y solo yo penaba;
 Y objeto de adoraciones,
 Siempre oías
 De todos mil bendiciones, ...
 ¡Y el corazón que sangraba
 No veías!

Y la muerte en el semblante,
 Y en mi pecho la agonía,
 Me miraste
 Arrastrarme cierto día
 A tus plantas espirante,
 Y me hollaste.

Y entonces de mis martirios
 Pesándome, y de adorarte,
 Yo juzgaba
 Con maldecirte, olvidarte,
 Y aborrecerte, y... Delirios!
 Siempre amaba.

Siempre presente en mi pecho
 Está tu imagen funesta
 Para mí;
 Allí estaba manifiesta....
 Siempre hermosa! á mi despecho
 Siempre allí!

Corazón, oh! mucho amaste!
 La amaste como al rocío
 Tierna flor.
 Ora estás marchito y frío,
 Porque el riego no encontraste
 De su amor.

Olvidarla... Tan querida...!
 ¡Y es tu ilusión, tu tesoro
 Todo en fin...!
 Olvidar un sueño de oro!
 ¡Ese bello de tu vida
 Serafin!

Nó; jamás, corazón mio:
 En recuerdos sea mecida
 Tu pasión.
 Y de esperanza perdida
 Llène en tí el atroz vacío
 La ilusión.

A. M.

EFEMERIDES

de la historia de Mallorca.

NOVIEMBRE.

Día 2 de 1495. La iglesia de S. Francisco de Asís sirvió este día de teatro á un sacrilego combate, y con sangre y con muertes se celebró en ella la fiesta de los difuntos. Los ánimos de los caballeros concurrentes estaban ulcerados de encono y divididos en opuestos bandos, cual por Jaime Armadans asesinado en el lecho con su esposa en el carnaval anterior, cual por Pedro Odon Español que le había muerto para vengar la injuria de una criada. Una centella bastó para encender el fuego, y un empujón y algunas contestaciones que mediaron (*) hicieron desembainar en un momento mas de 200 espadas, y correr la sangre por el suelo. Era espantoso ver á Pedro de San Juan con la garganta cortada, á Francisco Armadans mutilado el brazo derecho, á Guillermo Puigdorfila con la cabeza partida, y otros muchos mortalmente heridos, y á los religiosos entre esta escena de matanza que en vano levantaban sus crucifijos para aplacarlos. Mostróse por fin el SSmo. Sacramento, y cesó el combate.

5 de 1522. Heróico y asombroso valor de doña Beatriz Bronco, quien despues de atravesar con un puñal á un comunero que impuramente la solicitaba, encubrió con sus mismos vestidos el cadáver del seductor á los ojos de la muchedumbre que registraba su casa.

6 de 1522. Derrota de los comuneros cerca de Muro por las tropas que venían á subyugarlos mandadas por el virey, en la cual murieron mas de mil de los rebeldes.

19 de 1285. Entra triunfante Alfonso III de Aragón en la ciudad de donde había arrojado á su tío Jaime II de Mallorca, entre los aplausos de un pueblo inconstante, con los cuales contrastaba el valor del gobernador Ponce Sa Guardia que se le rindió despues en el Temple, y el heroísmo de los soldados del castillo de Alaró Cabrit y Bassa barbaramente entregados á las llamas por el vencedor.

(*) Entre los Pachs, Armadans y Españols.



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.